

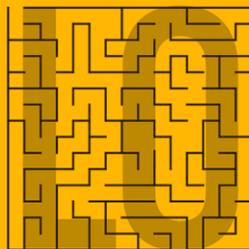
**Ilarie Voronca**

# **Ulises en la ciudad**

**Edición, prólogo y traducción de Adrián Fernández Burló**

**EDICIÓN BILINGÜE**

**EDICIONES**



**DESCONOCIDO**

## PRÓLOGO

Cuando se ha terminado de leer *Ulises en la ciudad* sobreviene cierta desesperación, y una íntima sensación de soledad y desubicación espaciotemporal. Algo que a su vez ya parecía intuir el poeta desde el primer verso: «*Yo te dedico un himno siglo de la mediocridad*».

Aquí se está hablando del exilio de la palabra, de un éxodo vital, de una búsqueda existencial que recorre todas las páginas, incansable y desenfrenadamente, donde Ulises sufre una irresistible pulsión alienante y parece tratar de hacerse por momentos con el control absoluto del texto: «*¿DÓNDE ESTOY?*», «*¿Quién de nosotros engendró al otro?*» (la lista es interminable). Este autoconocimiento es impulsado por un recorrido topográfico-lírico que le proporciona la épica vertida por Voronca en sus versos. Un lirismo que canta a una ruta incognoscible hacia un edén perdido, y es a través de este camino de constante búsqueda y pérdida en el que Ulises es al fin consciente de su soledad, de su forzoso anonimato en la gran urbe, de su brutal desposesión espiritual: «*Una única alma os contiene a todos / Y ya no te distingues de los demás / Te has perdido te buscas / Pero los rostros se asemejan como si fueran camas*».

¿Es ésta una guía hacia la tierra prometida? ¿Cuál es esa tierra prometida? ¿París, quizás? Lo único que está claro es que un jovencísimo Voronca supo trasvasar con éxito su propio exilio físico a las coordenadas de un exilio interior (¿metafísico?) a través del exilio de la palabra (de la libertad de la palabra, de la poética de lo evidente), para dar así vida a un heroico Ulises, el cual cambiará una espada por un periódico, aun a su pesar. Un héroe del siglo XX perdido en una moderna Ítaca plagada de panaderos, quiosqueros y operarios. Pero lo importante aquí no es la pérdida, sino lo que se gana a través de ella: el encuentro con el yo.

En esta singular aventura Voronca reflexiona (o Ulises, quién sabe), entre otras cosas, sobre el paradójico aislamiento humano en una bulliciosa metrópoli de la que ya no podremos desprendernos. La angustia y la miseria son palpables, el destierro al que se enfrenta Ulises pasa a un primer plano, y la tensión deshumanizante de la megalópolis contrasta con la evocación de la infancia y de las grandes extensiones primigenias. Ese aislamiento se intuye autoimpuesto (por el miedo, quizás, de descubrir qué hay detrás del yo) y es que después de todo, la “nueva tierra” puede no ser tan diferente a la patria. La nueva tierra, por tanto, no sería aquí una región física sino un nuevo lenguaje que diera al fin un significado mitológico y trascendente a nuestro particular Odiseo. Ese nuevo lenguaje está cargado de tropos y signos tan enérgicos que el propio Ulises parece terminar cayendo en sus fauces: «*A través de los barrotes de los versos tú me miras yo te miro*».

Durante la marcha podremos observar también a un Ulises de imagen casi espectral discurriendo entre dos aguas, un mensajero comprometido con la titánica tarea de mostrarnos empíricamente un cinismo desbocado en frases tales como: «*Eres un extraño y ahora eres un número de lotería en la sala*» o *Las acciones caen y suben como termómetros*». Un mesías errante que apenas interactúa con el mundo exterior si no es para describir una feroz desposesión identitaria, para tratar de interrogar en vano a su creador, o para buscar el siguiente letrero que le indique el camino a seguir. Nuestro héroe configura un paisaje puramente descriptivo que va tejiéndose de personajes secundarios singularmente expresivos. La revelación ontológica para Ulises, en un sentido de *ser-sin-patria*, se evidencia en el hallazgo final de un destino inalienable y colectivo. Aquí podemos ver sin duda reflejado al propio Voronca en su condición de apátrida. Leer esta obra nos hace recordar y anhelar aceptar como nuestros los famosos versos de Cavafis: «*Cuando emprendas tu viaje a Ítaca / pide que el camino sea largo*», y sólo podemos desear que Ulises también lo sintiera así.

*Ulises en la ciudad* nos recuerda que el exilio puede ser tanto una fortuna como una maldición, que el Ulises que se ha extraviado puede volver a encontrarse, y que la poesía y su lenguaje son, en cierta manera, ese tablón astillado al que aferrarnos tras el naufragio. Un canto a una transmutación primordial en la que el camino lo es todo.

**Adrián Fernández Burló**

# ULISES EN LA CIUDAD

## I

Yo te dedico un himno siglo de la mediocridad  
En las montañas de América ya no cazamos al oso pardo  
Nuestros brazos ya no desangran los bosques vírgenes  
Operamos nuestros sueños como se operan los intestinos  
Nos encerramos en el moho de las oficinas  
Por la mañana las mecanógrafas besan a sus prometidos  
No volverán a verlos hasta la hora nocturna  
En la que harán el amor en colchones de paja  
Mas en el aire se reúnen nuestras almas  
Y sobre los tejados construimos otro cielo de carne

Siglo de los seguros de vida y letreros de neón  
Es la hora en que los Ingleses aplauden a la bailaora española  
Y rechazan el ramo de violetas  
Los chorros de agua escupen estrellas  
Los grandes periódicos rechinan los dientes  
Y he aquí que los operarios de las vallas publicitarias  
Cambian la vestimenta de las paredes.

## VI

Como una bahía el hospital te envuelve y te abraza  
Las serpientes de la soledad lamen paredes y ventanas  
El aire babea como un perro de caza  
La gráfica de temperaturas te muestra el camino a las estrellas

Cada cual lleva un termómetro entre los dedos  
Como una rama de boj en Domingo de Ramos  
Las camas son colegialas el pelo sábanas sobre sus hombros  
Las voces han bajado como ríos durante la sequía  
El tiempo en bata blanca pasa a tu lado  
Las palabras son arañadas como aves marinas

Eres un extraño y ahora eres un número de lotería en la sala  
El médico sacude nieve con sus mangas  
Y como una bandada de cuervos tus ojos han invadido tu cara y tus brazos  
Las horas se arrastran como lianas  
Fondane te visita a menudo y sus flores tienen la sonrisa  
Que ya advertiste en 1918 en la cara del jefe de estación de Blaj  
El algodón está caliente y lo sostienes en tu mano como a los dedos de tu

[amada

En la rejilla de las encías la lengua es un candado  
Vendas mal ajustadas los recuerdos se caen  
A tijeretazos cortas las hojas del silencio  
Palpas una tristeza y luego aún otra como huesecillos  
Las camas están tan juntas y sin embargo la soledad  
Te aísla como una prisión  
Los gestos las sonrisas se atascan  
Los pulmones te miran como dos jóvenes monos entre rejas

Encima de la puerta la luz se clava como la cornamenta de un ciervo  
La carcelera sacude el manajo de llaves de tus huesos  
Los compañeros de celda intercambian el tabaco las miradas  
La fiebre incendia el yunque del corazón besa los muslos  
Las lámparas los labios se descascarillan como hayas  
Igual que el océano contiene corales y navíos  
Una única alma os contiene a todos

Y ya no te distingues de los demás  
Te has perdido te buscas  
Pero los rostros se asemejan como si fueran camas  
Y la noche cae sobre tu cabeza como una bolsa de hielo.

VIII

Te has bañado en la rubia cabellera de los espejos  
Espejos jardines de espejos entre los velos del aire  
Besar sauces temblorosos sombras  
Prolongación del ojo en las arpas de agua

Espejos como la primera salida del convaleciente  
Con vuelos como tallos atrapados en la helada  
Y el desfile del aire como las banderas del regimiento

Espejos morenos espejos pelirrojos como la hija del posadero  
Espejos semejantes a los relámpagos que el corzo dibuja en las montañas  
Espejos sulfatados como las hojas de las viñas  
Espejos adolescentes como frentes

Vi el follaje y las serpientes retorciéndose en ti  
El cazador siguió el rastro del día herido  
En tu reflejo se alzaron los ángeles y los ciervos  
En tu cielo se blanqueaba el lino del viento

Espejos del color del silencio del color de la sonrisa  
Espejos como el pez retorcido en el metal  
Espejos como un recuerdo de la vista  
Espejos como el cuello de las mujeres en el baile

Engastadas en el anillo las canciones duermen bajo candado  
La leche de la luz hincha las ubres